

EDITORIAL

Una investigación sobre el GRAPO

El telediario del mediodía comenzó ayer con un rótulo sobreimpreso, según el cual el grapo Martín Luna había sido «abatido» por la Policía. El verbo tiene desagradables connotaciones cinegéticas que no se nos ocurriría sacar a relucir, de no ser por las especiales circunstancias del caso.

Parece de sentido común que cuando se acorrala a un individuo en la puerta de una panadería, con una ensaimada entre las manos, y cuando se dispone de un amplio contingente de hombres y de la ventaja del factor sorpresa, las técnicas policiales permiten organizar el servicio de forma que el delincuente sea capturado vivo.

Esto no significa que no haya ocasiones en las que todas las previsiones salten por los aires, como consecuencia del impulso, a la vez suicida y asesino, de un sujeto peligroso. Martín Luna estaba, desde luego, dentro de esta categoría y nada hay que objetar a su muerte, si con ella logró evitarse la de algún agente del orden.

Lo que provoca, sin embargo, la reticencia y el escepticismo del ciudadano medio no es este episodio en sí, sino la sucesión a lo largo de los últi-

(Sigue en última página.)

Una investigación sobre el GRAPO

(Viene de página primera.)

mos años de sucesos casi idénticos. Hasta 12 miembros del GRAPO —incluidos sus principales jefes, Delgado Codex, Collazo Araújo, Cerdán Calixto y ahora Martín Luna— han muerto en los últimos tres años en incidentes descritos por fuentes oficiales como «enfrentamientos con la Policía».

El hecho de que Delgado de Codex cayera como consecuencia de un único disparo, efectuado desde cierta distancia por un tirador de élite, sin que los testigos presenciales le descubrieran arma alguna, y el hecho de que en el mismo periodo de tiempo apenas hayan acaecido escaramuzas similares con activistas de ETA, a pesar de su muy superior número de militantes, son factores que no pueden escaparse a un análisis sereno y cuidadoso.

No es de extrañar que en determinados ambientes se haya propagado la leyenda de que existía el propósito de silenciar al GRAPO, de forma que nunca llegue a conocerse toda la verdad sobre su oscuro origen y sus terribles actividades. Las pueras del destino han querido ahora que el último logro de los actuales responsables de la lucha antiterrorista haya sido este servicio, en el que, según el telediario, era «abatido» el último superviviente de los líderes históricos del GRAPO. Parece como si la diosa Fortuna quisiera acompañar el mutis de unos y otros —y nadie vea en este símil la menor comparación entre nuestros esforzados superpolicías y estos peligrosos asesinos— por el foro de la historia de la transición democrática.

Somos conscientes de que lo cómodo y lo educado en la guerra contra el terrorismo es mirar siempre para otro lado, con tal de que se produzcan resultados. Pero de la misma manera que no podemos por menos que sentirnos estremecidos ante la divulgación de ciertas inapelables fotografías —¿pero cómo es posible que en nuestra sociedad sucedan todavía cosas como éstas?—, tampoco queremos conformarnos con que el «dossier GRAPO» reciba este tipo de carpetazo.

Por eso creemos que el nuevo Gobierno socialista debe abrir una exhaustiva investigación sobre tan peculiar colectivo terrorista, partiendo del inestimable material que, según el ministro de Interior saliente, debe permanecer intacto en los archivos policiales.

Se ha derramado demasiada sangre y se ha pagado un coste político demasiado alto por culpa del GRAPO como para que no se sepa toda la verdad oculta, o, en su defecto, que no hay ninguna verdad oculta.